

EL USO MÁGICO DE LAS MUELAS (CON UNA REFERENCIA A LA ARQUEOLOGÍA ESPACIAL)

POR *Francisco Javier Fernández Nieto*
Dpto. de Historia de la Antigüedad
Universidad de Valencia

En un trabajo reciente he procedido a ocuparme de distintos problemas de exégesis histórica suscitados por la ausencia o presencia de una clase concreta de restos materiales dentro de determinadas secuencias culturales de la Antigüedad.¹ Allí, entre varias consideraciones y ejemplos, he llamado la atención sobre la necesidad de contrastar las conclusiones «simples y sencillas» con el resto de los datos —cuando los hay— que se deducen de otras fuentes clásicas, un ejercicio que puede evitar bastantes incongruencias y que a veces pone en entredicho aquellas interpretaciones que, para nosotros, parecen claras y «lógicas». Lo cierto es que el verdadero conocimiento de las prácticas del hombre antiguo desmiente constantemente numerosas apreciaciones precipitadas y nos demuestra cuán inmensa es la vitalidad de las tradiciones y cuán complejos fueron las técnicas y los saberes, los ritos y las creencias de aquellas generaciones. Con las líneas que ahora consagro a plantear otra insoslayable «paradoja» del mundo antiguo, quiero contribuir al homenaje que la revista *Arsæ* tributa al inolvidable sabio, maestro y amigo Domingo Fletcher, modelo en quien deberían mirarse quienes sin doblez dicen practicar la ciencia, espíritu abierto a toda clase de inquietudes y cuyo vacío en la Arqueología valenciana, por su equilibrio y serena imparcialidad, nadie ha podido colmar. A su memoria, como fiel representante de una escuela de investigación generosa y noble, dedico estos breves apuntes llenos de afecto y devoción.

Dice el refrán que, en ocasiones, la apariencia engaña. Veamos un caso digno de tener en cuenta, cuyo epílogo recomienda extremar las precaucio-

¹ F. J. FERNÁNDEZ NIETO, «Interpretaciones en materia religiosa, social y técnica sobre los pueblos antiguos de la Península Ibérica», *Homenaje a A. Montenegro*, Valladolid, en prensa.

nes a la hora de fundamentar los datos y proceder a enjuiciarlos con método histórico. En los últimos tiempos, la arqueología espacial ha puesto el acento, con razón, en la importancia de registrar todas las circunstancias precisas que concurren en los hallazgos y emplazamientos de cualquier vestigio, a fin de reconstruir en la medida de lo posible las funciones o cometidos de tales restos dentro de un campo de aplicación más amplio (económico, técnico, religioso, etc.). Y analizando diferentes casos, la arqueología espacial ha formulado algunos criterios sobre el significado de la distribución de las formas de poblamiento y de los hallazgos aislados que han servido para emitir numerosas hipótesis —muchas de ellas gratuitas, por no corresponderse ni de lejos con las verdaderas estructuras sociales y políticas del mundo antiguo— sobre ocupación y dominio de territorios, «estados» centrales y redes de subordinación, jefaturas, élites, circuitos económicos y comerciales y otros asuntos mucho más problemáticos de cuanto algunos imaginan. El investigador consciente, mientras no existan otros elementos de contraste, deberá tomar tales hipótesis como meras referencias voluntaristas carentes de confirmación (y a veces absolutamente inverosímiles); de lo contrario, acabará admitiendo conclusiones que pueden parecer muy «lógicas» y adecuadas si no estuvieran sujetas, en cuanto establecemos relaciones con otras fuentes, a sorprendentes revisiones y rectificaciones. Estas líneas se plantean como un ejemplo metodológico de los peligros que se ciernen sobre quien sólo contempla la evidencia externa de las cosas.

Hay, en efecto, un pasaje textual de PALADIO (*Op. agric.*, I 35, 1) en donde señala que uno de los remedios usados por los antiguos para conjurar el granizo consistía en cubrir con un paño rojo una piedra de moler (*mola*). Esta noticia del agrónomo latino forma parte de una relación de procedimientos aplicados por los agricultores para combatir las plagas atmosféricas, y en concreto el pedrisco. Se recurría asimismo a rodear todo el terreno con una planta, la brionia o nueza blanca; a colocar en el campo una lechuza crucificada, con las alas abiertas; a agitar de forma amenazadora contra las nubes hachas ensangrentadas; a arrojar una piel de foca en mitad del viñedo, encima de una sola cepa; a recorrer el campo llevando en la mano derecha una tortuga palustre con la panza hacia arriba y, al llegar al punto de salida, depositarla en el suelo en la misma posición; a colocar un espejo frente al cielo, para reflejar la imagen de la nube; a golpear con un objeto de hierro la piedra llamada «calacita».² Otro curioso expediente fue descrito por FILÓSTRATO (*Heroic.* II, 11, p. 297) y consistía en atar una cinta de cuero alrededor de una cepa; se creía que, de este modo, las restantes vides no sufrían daño.

Pero volvamos a la muela. Las noticias de Filóstrato, Paladio y las

² PALADIO, *Op. agric.* I 34, 14-15; GEOPÓNICAS, I 14.

Geopónicas podrían pasar por una rareza más de anticuarista, vigentes quizá en lugares recónditos, si no fuese porque este tipo de talismanes antigranizo constituyeron una costumbre absolutamente generalizada que ha dejado constancia en varios territorios. En un trabajo próximo a publicarse he examinado los ritos adoptados en época clásica para alejar las tormentas de pedrisco, ceremonias que remontan a tiempos prehistóricos y que se hallan atestigüadas desde el arcaísmo griego (gestos, conjuros y sacrificios con expansión de sangre; uso profiláctico de la sangre catamenial; presentación y percusión de objetos metálicos; trazado de límites mágicos de demarcación en las áreas que deben quedar inmunes), y allí mismo he estudiado varias piezas inscritas con diferentes fórmulas antigranizo que ilustran una coincidencia en los comportamientos desde el Mediterráneo oriental hasta la Península Ibérica.³

Pues bien, entre estos últimos documentos se encuentran dos inscripciones griegas de Sicilia que nos permiten refrendar la noticia de Paladio y que nos ayudarán a entender cómo funcionaba en la vida real el talismán de la muela. La filacteria de Noto fue grabada en una losa de piedra calcárea; el conjuro figura inscrito dos veces, ya que el texto, con ligeras variantes, se repite en ambas caras. Este amuleto tiene por objeto proteger un viñedo de los daños provenientes de un espíritu o demonio perturbador de la naturaleza, en cuyo nombre (*Michalázokos*) se integra la raíz de la voz griega que designa al granizo. La losa fue colocada en un lugar del campo, probablemente enterrada, desde el que se suponía que irradiaba su protección a toda la propiedad; pero lo que ahora más nos interesa es que los redactores del conjuro se hallaban convencidos de que el demonio causante de la desgracia podía ser desviado o neutralizado, gracias a la acción o fuerza del talismán, en tres piedras de moler (εἰς τρεῖς ὄνους) que debían de hallarse distribuidas en tres puntos del terreno para actuar, sin duda, como barreras de protección que detenían a aquel espíritu, impidiendo que penetrase con sus nocivos efectos en el interior de las plantaciones.⁴ Otro epígrafe griego siciliano, hallado en Palazzolo Acreide (la antigua ciudad de Acras) y empleado igualmente como agente mágico que rechazaba cualquier plaga de las cosechas del campo, hace mención del término ὕλιστριον, que podría entenderse con el valor de la muela destinada a triturar las olivas en el molino aceitero,⁵ y acabamos de ver en el

³ F. J. FERNÁNDEZ NIETO, «La pizarra visigoda de Carrio y el horizonte clásico de los χαλαζοφύλακες», *Antigüedad y Cristianismo* 13 (1996).

⁴ G. MANGANARO, «Nuovi documenti magici della Sicilia orientale», *Rendiconti della Accademia Nazionale dei Lincei* 18 (1963), pp. 57-74, y en particular p. 61.

⁵ G. PUGLIESE CARRATELLI, «Epigrafi magiche cristiane della Sicilia orientale», *Rendiconti della Accademia Nazionale dei Lincei* 8 (1953), pp. 184-189; M. BURZACHECHI, «Nuove iscrizioni greche cristiane di Comiso», *Rendiconti della Accademia Nazionale dei Lincei* 14 (1959), pp. 408-409; la interpretación de este término como «muela» en MANGANARO, *loc. cit.*, p. 64 y nota 38.

ejemplo anterior cómo estos útiles de molienda cumplen una función especial para neutralizar al agente que causa el pedrisco o cualquier otra plaga.

Cabe añadir, además, que la distribución de estas muelas en el campo no se hacía al azar, sino que obedecía a un plan meditado, a saber, el de señalar los límites de la superficie a proteger. En efecto, frente a la modalidad de los encantamientos celebrados rápidamente en el mismo instante en que se presume la tormenta, que sólo sirven para cada ocasión, los objetos mágicos y los conjuros «profilácticos» de duración indefinida se conciben para quedar adscritos a una posición concreta y conseguir, una vez activados, que desde allí emitan su potencia benéfica constantemente. Así, un buen número de estos talismanes —en concreto, las filacterias grabadas en tablillas metálicas (bronce, plomo)— todavía conservan las correspondientes perforaciones, hechas sin duda para poder clavarlos en algún soporte bien visible dentro de la propiedad rústica que debían proteger.⁶ Pero hubo también otras formas de colocación de estos amuletos, tal como delata un documento verdaderamente llamativo en el ámbito que nos ocupa. Se trata de un epígrafe griego sobre una lápida de piedra caliza hallado en Sidi Kaddou (Bou Arada, Túnez) y datado en época imperial romana (s. II-III d.C.), que contiene la fórmula de un encantamiento destinado a evitar no sólo el granizo, sino también la acción de los vientos, del tizón o negrilla y de la langosta.⁷ El conjuro invoca a nueve dioses tutelares y les dirige la siguiente orden: «*que ninguno de tales anticonceptivos afecte a este terreno ni al conjunto de los frutos que crecen en él; conservádoslos, en cambio, siempre intactos y sanos, durante todo el tiempo que estas piedras, que contienen la inscripción de vuestros sagrados nombres, estén colocadas bajo tierra por todo el contorno*». Del último pasaje se deduce la existencia de varias copias de la lápida,⁸ que se distribuyeron a modo de hitas ocultas alrededor de la finca; todas ellas estarían, por tanto, en los bordes del área protegida y hubo, con seguridad, tres, pues es el número mínimo para delimitar una superficie.

Ahora se comprende mejor la referencia a las muelas en la filacteria siciliana de Noto. Al igual que el anónimo propietario del África Proconsular

⁶ Así, la tablilla de bronce de Bouchet (IG XIV 2481); la tablilla de plomo de Trau (CIL III p. 961) y la cruz de Aïn Fourna (A. AUDOLLENT, «Double inscription prophylactique contre le grêle, sur une croix de plomb trouvée en Tunisie», *Mémoires de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres* 43, 2 (1939), pp. 45-75).

⁷ Vid. N. FERCHOU-A. GABILLON, «Une inscription grecque magique de la région de Bou Arada (Tunisie), ou les quatre plaies de l'agriculture antique en Proconsulaire», en S. LANCEL (edit.), *Actes du IF Colloque International sur l'Histoire et l'Archéologie de l'Afrique du Nord* (Bulletin Archéologique du Comité des Travaux Historiques et Scientifiques, N.S., fasc. 19 B, 1985), París, 1985, pp. 109-125.

⁸ Que no habían de repetir, necesariamente, todo el texto del conjuro, sino tan sólo los nombres de las nueve potencias divinas invocadas.

romana, este agricultor de la isla recurrió a tres objetos mágicos en cuya eficacia confiaba, instalando las piedras de molino en tres puntos de referencia que, unidos entre sí por líneas imaginarias, delimitaban todo el espacio de los campos que debían ser objeto de protección. El caso de Noto introduce incluso una variante respecto al de Sidi Kaddou: mientras que este último constaba, presumiblemente, de tres o más inscripciones repetidas situadas bajo tierra en los contornos de la propiedad, el mecanismo de aquel otro talismán se compone de una sola inscripción (la filacteria o conjuro propiamente dicho) combinada con unos elementos auxiliares (las tres muelas) que, sin necesidad de estar cubiertas por un paño rojo,⁹ como escribía Paladio, y quizá escondidas debajo del suelo, se consideran capaces de neutralizar al demonio que crea la plaga.

Hemos comprobado, así pues, que la noticia transmitida por uno de los agrónomos latinos respondía a hechos cotidianos, y es probable que se tratase de una actitud bastante común en todo el Mediterráneo antiguo porque compadece perfectamente con la forma de concebir los efectos mágicos. Resulta bien conocido, en efecto, que muchos amuletos y talismanes encierran una relación íntima entre su esencia material y las virtudes que deben prodigar. A la sangre, por ejemplo, como es considerada principio vital por excelencia, se le atribuye carácter de elemento fecundador y se cree que posee fuerza capaz de rechazar los males y proteger los frutos y cosechas.¹⁰ El valor profiláctico concedido a las piedras de moler era asimismo obvio y derivaba de su condición de agentes de suministro de los alimentos que permiten la vida. Como medio maravilloso que facilita la transformación de la cosecha, se piensa que está dotado de una potencia intrínseca de fertilidad, potencia que es capaz de defender los frutos paralizándolo las plagas que los amenazan. De esta forma, la piedra de moler transmitirá directa e inmediatamente su germen de fecundidad a todo el territorio.¹¹

⁹ El color rojo se halla en relación con la idea de la sangre, a la que reemplaza, actuando como elemento suasorio sustituto. Sobre la fuerza interna de rechazo u oposición que se atribuía a la sangre, y por extensión a los objetos rojos (coral, rubí, granate, paño púrpura), véase mi artículo sobre la pizarra visigoda de Carrio citado *supra*, nota 3, así como lo que señalamos más adelante.

¹⁰ Los ejemplos de estas transferencias, tal como operan en la mentalidad mágica, podrían multiplicarse. Por limitarnos a los conjuros antigranizo, digamos que se utilizaban ciertas plantas (brionia) o animales (serpiente, grasa de oso) porque eran signo de fertilidad y encarnaban el vigor salvaje de la tierra, cualidades que esos talismanes podían preservar: véase mi artículo sobre la pizarra visigoda de Carrio, citado *supra*, nota 3, así como J. G. FRAZER, *Pausanias's Description of Greece*, III, Londres, 1898, p. 290.

¹¹ La fuerza y pervivencia de esta idea puede apreciarse en el rito practicado por los eslavos que menciona S. EITREM, *Opferitus und Voropfer der Griechen und Römer*, Cristiania, 1915, p. 322: cuando amenaza una tormenta de granizo, sacan delante de la casa la mesa de comer

